

# *La historiografía en Occidente desde 1945*

Antonio MORALES MOYA

*Departamento de Historia Contemporánea  
Universidad Complutense. Madrid*

Actualmente todo es historia. «Todo acontecimiento —ha dicho Paul Veyne— es digno de la historia.» El historiador establece sin limitaciones su campo de trabajo —aquí está, seguramente, la innovación radical de la Escuela de Annales»: no bastan las fuentes, hay que saber interrogarlas, pues todo depende, en último término, de la calidad de las preguntas—; con autonomía plena dibuja la urdimbre de su asunto —los hechos no hablan por sí mismos—, desglosándolo del campo inmenso de la realidad vivida. Así se recogen en un libro actual, como objetos típicos de los nuevos intereses de la historia, los siguientes temas «paradójicos, ora en razón de su aparente intemporalidad, como el clima, el cuerpo, el mito, la fiesta, ora en razón de sus lazos con las ciencias nuevas y su desvío hacia la historia: el inconsciente del psicoanálisis, el lenguaje de la lingüística moderna, la imagen cinematográfica, los sondeos de la opinión pública; ora en razón de su trivialidad nuevamente promovida a la historia: la cocina, que da fe a la par de los sectores de importancia creciente en el campo de la historia, el de la civilización material y el de las técnicas; ora, en fin, del escandaloso trastorno de óptica que se les inflinge: el libro considerado producto de masas y no como producción de élite, ejemplo particular de la revolución cuantitativa en historia»<sup>1</sup>. Hoy día se realizan trabajos tan distintos entre sí y tan ajenos al quehacer tradicional de los historiadores como el de Elisabeth Badinter: «¿Existe el amor maternal?», cuya pregunta clave es la de si el amor de la madre por el hijo es un instinto innato que proviene de una naturaleza femenina,

---

<sup>1</sup> J. LE GOFF y P. NORA, *Hacer la historia*, vol. I. *Nuevos problemas*, Barcelona, 1978, pp. 1011.

o si, por el contrario, resulta de un comportamiento social histórico que varía según las épocas<sup>2</sup>; o el de Denis Boudriot, sobre el peso material del «habitat» parisiense del siglo XVIII<sup>3</sup>; o el de J. Moussief Masson: «The Oceanic Feeling. The origins of Religions Sentiments in Ancient India»<sup>4</sup>, intento riguroso de utilización de categorías psicoanalíticas para estudiar los componentes del sentimiento religioso en la India; o el de Etienne Broglin: «Le Temps profané», acerca de la percepción global del tiempo en la sociedad ilustrada de mediados del XVIII y que se extiende hasta mediados del siglo XIX<sup>5</sup>; o los de J. P. Vernant, tratando de reconstruir la psicología histórica del mundo antiguo, interrogándose sobre el estatuto de la memoria, de las imágenes, de los símbolos, del deseo, de la persona... Desde esta perspectiva ha abordado la tragedia griega o nos ha abierto las puertas del olimpo<sup>6</sup>.

Y junto a la amplitud temática la pluralidad de orientaciones. Son, ciertamente, muy diversas las que subyacen o fundamentan el trabajo de los historiadores actuales: se presta una creciente atención a la historiografía; asistimos a la disgregación de la historia en disciplinas parciales y en *items*; no obstante, es perceptible la vuelta al cultivo de la historia nacional periodificada; persisten en muchos historiadores el sentido de la totalidad o de la globalidad de su quehacer; es patente —y no necesariamente contrario a lo anterior— el auge de la perspectiva individualizadora, trátase de hacer de nuevo una historia de o con personas, o de estudiar el acontecimiento; y a la preocupación por la científicidad hay que oponer el retorno de la forma narrativa, del relato, de la descripción; en fin, se presta atención al discurso, al texto histórico, al «enunciante», se cultiva el estilo literario, se profundiza en los problemas lingüísticos... La investigación histórica no sólo cubre hoy una inmensa extensión —nada le es ajeno—, sino que se manifiesta en una variedad de enfoques teóricos de legitimidad indiscutible: ninguno de ellos puede pretender un imposible monopolio. No penetre el dogmático en los dominios de Clío.

Escribir historia, por tanto, viene a ser expresión de una libertad que se manifiesta de diversas aunque relacionadas formas. Ante todo, en la definición del objeto de su estudio por el investigador: «Todo acontecimiento es digno de la historia», siempre que dispongamos de los conceptos y categorías necesarias para pensarlo. El historiador escoge libremente una ruta, que nunca podrá recorrer en toda su am-

<sup>2</sup> Barcelona, 1981.

<sup>3</sup> P. D. BOUDRIOT, *La construction locative parisienne sous Louis XV*, París, IV, multigrafie, 1981.

<sup>4</sup> Dordrecht, 1980.

<sup>5</sup> Cfr. *Enquête. Où va l'histoire*. P. Chaunu, *Le Débat*, 23 (janvier, 1983), páginas 183-187.

<sup>6</sup> Cfr. J. P. VERNANT, *La mort dans le yeux*, Hachette, París, 1984; con P. VIDAL-NAQUET: *Mythe et tragédie II, La Découverte*, París, 1986.

plitud, al entrecruzarse con otros caminos: cualquier entidad histórica no es sino una encrucijada de posibles itinerarios (Veyne).

Por otro lado, como en cada época —el género histórico ha experimentado grandes cambios a lo largo de su evolución—, el estudioso divide la historia en diversas ramas o tipos: económica, política, sociológica, biográfica..., ya que la historia es un continuo sin delimitaciones fijas, sin una jerarquía natural entre sus partes. Libertad también para romper la sumisión al tiempo y al espacio. El historiador puede desvincularse de las unidades de espacio y tiempo para entregarse por entero y exclusivamente a la trama. La historia adquiere entonces amplia soltura para inventar categorías y encontrar nuevos *items* que le permitirán renovarse permanentemente. Es cierto que hay una vuelta, ya lo he indicado, a la historia nacional periodificada, pero su reducción frente a la historia de *items*, en frase de Domenach, «nos libera de nuestro etnocentrismo (...), nos descoloniza y nos abre a la riqueza del mundo»<sup>7</sup>. Independencia, también, en cuanto al método. El método de la historia se funda, en último término, en la experiencia, en la riqueza intelectual y vital del historiador desde la que rastrea, selecciona y ordena sus materiales.

Libertad, en fin, frente a los míseros condicionantes de la historia militante, de la historia centrada en fines partidistas, frente al «presentismo»: la consideración de que la historia sólo es relevante en la medida en que está al servicio de una pedagogía político-moral, tratándose, en definitiva, de fundamentar una praxis transformadora del presente y del mundo, de acuerdo con una utopía de futuro mejor, supone una orientación estática hacia un porvenir cerrado y prefijado, y, cabe razonablemente pensar, prefigurado en esas «burocracias cerradas, autorreclutadas, monopolizadoras de todos los poderes, al servicio de una ideología soberana que, a guisa de pantalla, impide toda lectura objetiva de lo real» (Chaunu).

La historia que hoy se hace en el mundo occidental, en la que el placer y la curiosidad se reafirman como impulsos motores, hay, pues, que colocarla bajo el signo de la libertad, de la continuada renovación, de la apertura de nuevos horizontes. Dar cuenta de esta situación, promover la reflexión sobre la actual historiografía, resultan, es claro, tareas fundamentales en un ambiente científico como el nuestro, distante de los modelos culturales avanzados, tardíamente permeable a las nuevas corrientes, autocomplaciente, excesivamente sometido al imperialismo, «absorbente primacía» de la historia social, al influjo excluyente de una concepción determinista de las fuerzas materiales, ya se trate de un marxismo tendente a convertirse en ideología académica, ya de un sociologismo que enquistaba los hechos, reducidos a mera

---

<sup>7</sup> J. M. DOMENACH, *Las ideas contemporáneas*, Barcelona, 1983, p. 48.

justificación en el sempiterno esquema «Economía, sociedad, civilización»<sup>8</sup>. De aquí el interés que reviste la publicación del libro *La historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, que recoge las Actas de las III Conversaciones Internacionales de Historia, celebradas en la Universidad de Navarra (Pamplona, 5-7 abril 1984)<sup>9</sup>, al recoger en trabajos de calidad a veces excepcional, siempre muy alta, la evolución historiográfica, bien en un conjunto nacional, bien en un segmento temático o cronológico, de algunos países occidentales durante los últimos cuarenta años, así como los nuevos enfoques y aproximaciones en diversas ramas o «territorios» de la historia: historia intelectual, de la cultura e historia religiosa; historia demográfica y social; historia política e historia económica, junto con los correspondientes debates.

En la Presentación, V. Vázquez de Parga justifica el sentido de dichas conversaciones: contribuir a «esclarecer el horizonte en que se mueve la investigación histórica en España y ayudar a la búsqueda de nuevos caminos, en un momento de vacilaciones, incertidumbre y confusión», y señala las limitaciones —obviamente inevitables— de la empresa. En efecto, se echan de menos estudios sobre Alemania —el de Engels se centra en la historiografía medieval—, Estados Unidos, Italia o los Países Nórdicos, o acerca de ciertas disciplinas: historia militar, historia de las relaciones internacionales... o referencias a ciertas perspectivas: microhistoria, historia oral...

En la Primera Parte, Ch. O. Carbonell estudia brillantemente la «Evolución general de la historiografía en el mundo, principalmente en Francia», para acabar poniendo de relieve la crisis de una «nueva historia», contestada por Chesneaux, Coutau-Bégarie y Morineau, así como la de la enseñanza de la historia y el resurgimiento, inesperado hace unos años, de la biografía, las monografías locales y la historia política y militar. Peter Burke analiza «La historiografía en Inglaterra desde la segunda guerra mundial», recogiendo las polémicas fundamentales y ofreciéndonos una selección, año por año, de los libros —en algunos casos artículos— más significativos. Odilo Engels nos muestra «Algunos aspectos del estado actual de la investigación alemana sobre la Edad Media». Y sobre el mismo período versan las aportaciones —muy completas— de L. Adao da Fonseca: «La historiografía medieval portuguesa (1940-1984)» y de Miguel Angel Ladero: «Aproximación al medievalismo español (1939-1984)». Finalmente, I. Olábarri examina «La recepción en España de la revolución historiográfica del siglo XX», y pone acertadamente de relieve la escasa receptividad

<sup>8</sup> Cfr. A. BESANÇON: «Sur trois idées reçues en matière d'histoire russe et sur trois genres d'histoire», *Commentaire*, 10 (été, 1980), pp. 252-253.

<sup>9</sup> Edición a cargo de V. Vázquez de Parga, I. Olábarri y A. Floristán Imízcoz. Ediciones de la Universidad de Navarra. Pamplona, 1985.

de los historiadores españoles a las recientes modificaciones del panorama historiográfico: «A mi juicio —escribe— se aprecian algunos síntomas (...), pero todavía débiles. Es verdad que hace ya años se ha hablado y escrito sobre la decadencia de los «Annales», pero por parte de historiadores marxistas, cuyos postulados no están menos puestos en discusión en la presente situación de cambios. También en los años sesenta se han hecho en España agudas críticas de la nueva historia e inteligentes defensas de la tradicional (...). Sin embargo, en la medida en que la ascendencia de la historiografía de los principales países de occidente sobre la española sigue siendo muy grande, es de esperar que, en breve plazo, el debate sobre las «nuevas historias» y sobre el futuro de nuestra disciplina se haga más vivo en nuestro país y se enriquezca así el actual panorama de la ciencia histórica española. Un debate que, a mi modo de ver —concluye—, debería contribuir a una síntesis entre las más innovadoras aportaciones historiográficas de nuestro siglo —que han contribuido grandemente a un análisis riguroso de las estructuras y los ambientes en los que vive el hombre— y la tradicional, y a mi juicio perenne, condición humanística de nuestra disciplina».

La Segunda Parte, «Los territorios de la historia», comprende, dentro del apartado 1 —«Historia intelectual y de la cultura e historia religiosa»—, dos textos, fundamentales, de E. Cochrane: «Historia de las ideas e historia de la cultura», y de J. de Vignerie: «Historia religiosa». El concepto de «cultura popular», el esquematismo, la utilización por los historiadores de las ideas de conceptos metahistóricos, la desaparición de los ideas en sus contextos, lo que permite «una preponderancia casi tiránica de la dimensión social», y hace de aquellas el producto automático de las «condiciones socio-políticas», o una historia religiosa, en la que la propia religión desaparece sepultada por el sociologismo, el marxismo o el estructuralismo, son objeto de una crítica aguda y desmitificadora. Notable interés presentan también los de B. Bensusan: «Historia de las mentalidades», y de E. Mérida-Nicolich, «La historiografía sobre la cultura española en los siglos XVIII y XIX».

En el apartado 2 —«Historia demográfica e historia social»—, la investigación de R. Pillorget: «Historia social de los tiempos modernos», resulta, con su rechazo del tópico establecido, del lugar común, de imprescindible consulta. Gran utilidad informativa revisten las exposiciones de D. Herlihy. «Avances recientes de la demografía histórica y de la historia de la familia», de J. P. Poussou: «Crecimiento demográfico y progreso económico» y de P. Molas Ribalta: «La historia social de la España moderna».

Dos colaboraciones: la magnífica de A. Kriegel, que realiza una puesta al día de «La historia del movimiento obrero», y otra, muy su-

gestiva, de Tusell: «La historia política de la España Contemporánea en los diez últimos años», integran el apartado 3 —«Historia política».

En el apartado 4 —«Historia económica»—, se recogen sólidas aportaciones de H. van der Wee y C. Dancet: «Una aproximación cuantitativa a la historia económica en Europa desde la Primera Guerra Mundial»; M. Cattini y M. A. Romina: «Tendencias y problemas de la historiografía agraria europea (1945-1980)» y V. Vázquez de Parga: «La historia económica en España desde 1940».

Cierra el libro un debate final —hay que subrayar el interés de las intervenciones, tanto en ésta como en las demás discusiones con las que concluye cada bloque de ponencias acerca de los siguientes temas:

- 1.º ¿Es posible mantener el carácter unitario de la ciencia histórica? Más en concreto: la historia entendida como disciplina humanística y la concepción de la historia como ciencia social, ¿pueden conjugarse, o son mutuamente excluyentes y hay que aceptar la «coexistencia» al menos de dos disciplinas independientes?
- 2.º ¿Cómo abordar en la investigación histórica fenómenos complejos, en los que confluyen muy distintos factores, si el conocimiento riguroso de cada uno de dichos factores exige por sí mismo un grado de especialización que sólo después de muchos años de esfuerzo puede alcanzar un investigador? Y, sobre todo, ¿qué fórmulas habrán de arbitrarse para la elaboración científica de síntesis generales que integren satisfactoriamente las aportaciones parciales de las distintas especialidades históricas en explicaciones globales del desarrollo de la Humanidad a lo largo de los tiempos?
- 3.º ¿Cuál es la función de la Historia? ¿Debe ser nuestra disciplina un arma para la construcción del futuro político o social o es solamente el fruto de los gustos e intereses personales de quienes escriben historias? ¿Cuál es el público de los historiadores y en qué medida deben influir las demandas de ese público sobre la tarea historiográfica? ¿Qué papel juega el concepto de «verdad» en el trabajo del historiador o en la crítica de sus resultados?